

San Alfonso M^a. de Ligorio

CONSIDERACIONES Y AFECTOS SOBRE LA
PASIÓN DE JESUCRISTO, EXPUESTOS CON
LA SENCILLEZ Y LLANEZA QUE LA
REFIEREN LOS SAGRADOS
EVANGELISTAS

Editorial Apostolado Mariano
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

ISBN 84-7770-495-3
Depósito Legal ZA 111, 2000
Imprime Ediciones Monte Casino
Tel. 980 53 16 07
49080 ZAMORA, 2000

INTRODUCCIÓN

Dice San Agustín que no hay cosa más útil para alcanzar la salvación eterna que meditar todos los días en los dolores y trabajos que Jesucristo padeció por nuestro amor¹. Orígenes había dicho también que era cosa averiguada que no puede reinar el pecado en un alma que medita la Pasión del Salvador². El Señor reveló a un santo solitario que no había ejercicio más a propósito para encender el amor divino en los corazones que meditar la Pasión de nuestro Redentor. Por esta razón decía el Padre Baltasar Álvarez que por ignorar los tesoros que tenemos en Jesucristo se pierden muchos cristianos; y por eso decía a sus penitentes que no creyesen haber hecho cosa de provecho si no llegaban a grabar en su corazón la imagen de Jesús crucificado³. «Las llagas de Jesucristo, dice San Buenaventura, son a manera de dardos que traspasan los corazones, y de llamas que inflaman en amor a las almas más frías que el hielo»⁴.

1 *Ad. Fr. in er.*, s. 32.

2 *Lib. 6, inRm 6.*

3 VEN. P. LUIS DE LA PUENTE, S. J., *Vida*, cap. III § 1.

4 *Stim. div. am.*, p. 1, c. 1. *Obras*, VII, Lyon, 1668, p. 194.

Ahora bien, según el parecer del docto Padre Crasset, el medio mejor para descubrir los tesoros encerrados en la Pasión del Salvador es la simple narración de ella. Para que el alma fiel se inflame en el amor divino, bástale leer atentamente la simple exposición que hacen los santos Evangelistas y hacer algunas piadosas reflexiones sobre lo que Jesucristo padeció en las principales escenas de la Pasión, a saber: en el huerto de Getsemaní, en la ciudad de Jerusalén y en el monte Calvario. No faltan autores de cuenta que han escrito sobre la Pasión de Cristo excelentes y piadosas consideraciones; pero a decir verdad, más impresión causa en el alma del cristiano una sola palabra de la Sagrada Escritura que ciento y mil consideraciones y revelaciones que se dicen hechas a algunas personas piadosas, porque todo lo que nos atestigua la Escritura es cierto con la certidumbre que nos da la fe.

Por esto y por utilidad y provecho de las almas enamoradas de Jesucristo, he querido ordenar y relatar con sencillez, añadiendo de mi cosecha algunos afectos y breves reflexiones, lo que traen los sagrados Evangelistas sobre la Pasión de Jesucristo, los cuales nos suministran materia abundante para meditar durante centenares y miles de

años y para inflamar nuestros corazones en el amor de nuestro amantísimo Redentor.

¿Cómo es posible, Dios mío, que un alma que tiene fe y considera los dolores y las ignominias que Jesucristo padeció por nosotros no sienta abrazarse en el fuego del amor divino y que no se determine a santificarse para no aparecer ingrata a los ojos de un Dios tan amante? Necesitamos del socorro de la fe, porque sin esta luz divina, ¿quién pudiera jamás creer lo que Dios ha hecho por nuestro amor? *Se anonadó a sí mismo*, dice San Pablo, *tomando forma de siervo*⁵. ¿Quién, al ver a Jesucristo nacido en un establo, podría creer, sin la luz de la fe, que es el mismo Señor adorado por los ángeles de la gloria? ¿Quién acertaría a comprender que es omnipotente al verle huir a Egipto para escapar de las manos de Herodes? ¿Quién, al contemplarle en la agonía del Huerto, acosado por la tristeza, podría figurarse que goza de felicidad sin término? ¿Sería posible adorarle por Señor del Universo cuando lo vemos atado a la columna o clavado en la cruz?

Asombro inmenso causaría ver a un rey transformado en vil gusano y arrastrarse por la tierra y

5 Flp 2, 7.

revolcarse por el fango, y en semejante estado dar leyes y crear ministros y gobernar sus estados. ¡Oh santa fe!, rasga tu velo y dinos ¿quién es Jesucristo?, ¿quién, ese hombre que aparece en el mundo envuelto en el lodo de la carne como los demás hombres? Es el Verbo eterno, responde San Juan, es el Unigénito de Dios. *Y el Verbo se hico carne*⁶. Y ¿qué vida llevó sobre la tierra este Hombre-Dios? Isaías, al describirla, nos dice: *Le vimos... despreciado, y el desecho de los hombres, y varón de dolores*⁷. Fue, pues, Jesucristo varón de dolores, es decir, que quiso pasar por todo género de padecimientos, sin verse libre de ellos ni un momento de su vida. *Fue el varón de los dolores y el hombre de desprecios*; porque a Jesucristo lo maltrataron y despreciaron de tal manera, que parecía ser el último y más despreciable de todos los hombres. Un Dios maniatado por los verdugos como un gran malhechor; un Dios azotado como un esclavo; un Dios tratado como rey de burla; un Dios que muere en patíbulo infame..., ¿no causarán tantos prodigios de amor saludable impresión en un corazón ilustrado por la fe?, ¿no le moverán a padecer toda suerte

6 Jn 1, 14.

7 Is 53, 2 y 3.

de trabajos por Jesucristo? Dice San Francisco de Sales, que todas las llagas del Redentor son como otras tantas bocas, que nos están predicando cómo debemos padecer por su amor. La ciencia de los santos consiste en sufrir constantemente por Jesús; éste es el medio de santificarnos en poco tiempo. ¡Qué fuego sagrado de caridad no nos abrasaría el pecho al ver las llamas que arden en el corazón de nuestro Redentor! ¡Qué mayor ventura que poder arder en el mismo fuego que abrasa y consume a nuestro Dios! Y ¡qué mayor alegría que estar unido a Dios con las cadenas del amor!⁸.

Mas ¿por qué hay tantos cristianos que miran con tanta indiferencia a Jesucristo clavado en la cruz? Durante la Semana Santa asisten a los oficios que la Iglesia celebra para conmemorar la pasión y muerte del Redentor, y no se advierte en ellos ni rastro de agradecimiento o de ternura, como si se hiciese memoria de meras fábulas o de cosas que nada nos interesan. ¿Es que ignoran o no creen lo que dice el Evangelio sobre la Pasión del Salvador? Lo saben, a buen seguro, y también lo creen; pero no se detienen a meditarlo, porque el que cree y medita en estos misterios, es imposible que no se

8 Gallizia, *Vida*, Lib. VI, cap. II, hacia el fin.

mueva a amar a un Dios que padece tanto y muere por su amor. *La caridad de Cristo*, dice San Pablo, *nos hace violencia*⁹. Al meditar en la Pasión del Señor, no tanto debemos detenernos en los dolores y desprecios que padeció, cuanto en el amor con que soportó los trabajos, puesto que Jesucristo, si quiso sufrir tanto, no fue únicamente por salvarnos, ya que para esto le hubiera bastado una simple oración, sino para declararnos el amor que nos tenía y ganar por aquí nuestros corazones. Por esto, un alma que medita en este amor de Jesucristo no puede dejar de amarle; se sentirá como obligada y arrastrada como por fuerza a consagrarle todos los afectos de su corazón. Con este fin murió Jesucristo por todos nosotros, a fin de que vivamos, no para satisfacer nuestros gustos, sino para amar a nuestro amantísimo Redentor, que por nosotros ha sacrificado su vida divina.

¡Dichosas las almas que meditan con frecuencia la Pasión de Jesucristo! *Sacaréis aguas con gozo*, dice Isaías, *de las fuentes del Salvador*¹⁰; beberán agua en abundancia de amor y de confianza en los manantiales purísimos de las llagas del Redentor.

9 2 Co 5, 14.

10 Is 12,8.

¿Cómo podrá desconfiar de la divina misericordia el pecador que se arrepiente de sus culpas, cuando sabe que el Padre Eterno cargó a su amadísimo Hijo con todas nuestras iniquidades, por enormes que sean, para que diese satisfacción cumplida por todas ellas? *Le ha cargado el Señor*, dice Isaías, *la iniquidad de todos nosotros*¹¹. *Y el que ni a su propio Hijo perdonó*, dice San Pablo, *sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros ¿cómo después de habérmole dado, dejará de darnos cualquiera otra cosa?*¹².

* *

Capítulo I

ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN

*Mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino*¹. Al acercarse el tiempo de su Pasión, Jesús sale de Betania y se encamina a Jerusalén. Consideremos aquí la humildad de Jesucristo, que, a pesar de ser el rey de la Gloria, quiere entrar en aquella gran ciudad montado en un pollino. ¡Jerusalén, Jerusalén!, sal a esperar a tu Rey,

¹¹ Is 53, 6.

¹² Rm 8, 32.

¹ Mt 21, 5.

que se acerca lleno de humildad y mansedumbre; no temas que se valga de su imperio y señorío para apoderarse de tus riquezas; mira que viene rebosando amor y piedad para salvarte y rescatarte, a costa de su vida, de la esclavitud que padeces.

Entre tanto, el pueblo, que desde hacía mucho tiempo le veneraba por los milagros que obraba, y señaladamente por la resurrección de Lázaro, que todavía andaba por boca de todos, salió a su encuentro; y mientras unos tienden sus vestidos sobre el camino por donde debía pasar, cubren otros las calles con ramas de árboles, en señal de vasallaje. ¿Quién hubiera podido predecir entonces que este Príncipe, recibido con tanta pompa y majestad, sería dentro de pocos días condenado a muerte como un criminal y conducido al Calvario con la cruz al hombro?

Amadísimo Jesús mío, quisiste entrar solemnemente en Jerusalén para que la ignominia de vuestra pasión y muerte contrastase con la honra y gloria que aquel día recibisteis. Pronto se trocarán en maldiciones e injurias las alabanzas y vítores con que hoy os aclaman. Hoy dicen: *Hosanna, salud y gloria al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor*². Dentro de algunos días alza-

2 Mt 2 1, 9.

rán la voz diciendo: *Quita, quítale de en medio, crucifícale*³. Pilato, exclamarán, quita de nuestra presencia a ese malhechor; crucifícalo pronto, no vuelvas a presentarlo a nuestra vista. Ahora se despojan de sus vestidos, y después os despojarán, Jesús mío, de los vuestros para azotaros y crucificaros. Ahora tapizan de ramos las calles que habéis de atravesar, y luego tomarán manojos de espinas que traspasen vuestra frente. Ahora os colman de bendiciones, y después no se cansarán de ultrajaros e insultaros. Alma mía, sal al encuentro de tu Dios y dile con afecto y agradecimiento: Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Amado Redentor mío, seáis para siempre bendito, ya que para salvarme habéis bajado del cielo; todos estábamos perdidos sin remedio si Vos no hubierais venido a la tierra.

Al llegar cerca de Jerusalén, dice San Lucas, poniéndose a mirar esta ciudad lloró sobre ella⁴. Derramó lágrimas sobre Jerusalén, ora considerase su ingratitud, ora previese su próxima ruina.

Ah Señor mío, mientras llorábais sobre la ingrata Jerusalén, llorabais también sobre la ingratitud y ruina de mi alma. Amado Redentor mío,

³ Jn 19, 15.

⁴ Lc 19, 14.

llorabais los daños que yo acarree a mi alma al arrojaros de ella por el pecado y al obligaros a condenarme al infierno, después de haber muerto para librarme de él. Ah, yo, yo soy quien debiera derramar lágrimas sin consuelo por el grave daño que hice a mi alma ofendiéndoos y separándome de Vos después de haberme dado tantas pruebas de amor. Eterno Padre, por las lágrimas que entonces derramó vuestro Hijo sobre la ruina de mi alma, dadme gran dolor de mis pecados. Y Vos, tierno y amoroso Corazón de mi Jesús, tened compasión de mí, pues detesto cordialmente los disgustos que os he dado y propongo firmemente amaros con todas mis fuerzas.

Después de su entrada en Jerusalén, Jesús pasó todo el día en predicar y curar enfermos; pero al llegar la noche tuvo que retirarse a descansar en Betania, porque no hubo en Jerusalén quien le invitase a hospedarse en su casa.

Benignísimo Señor mío, si los demás hombres no os reciben, jamás yo os arrojaré de mi corazón; hubo, sin embargo, un tiempo en que mi ingratitud os arrojó de mi alma; pero ahora tengo a más honra el vivir unido con Vos que ser dueño de todos los reinos del mundo. ¡Oh Dios mío!, ¿quién podrá jamás separarme de vuestro amor?

Capítulo II

CONCILIÁBULO DE LOS JUDÍOS Y TRAICIÓN DE JUDAS

*Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo y dijeron: ¿Qué hacemos?, porque este hombre hace muchos milagros*¹. Mientras que Jesús se ocupaba en derramar gracias y obrar milagros en beneficio de todos, los principales personajes de la ciudad maquinaban la muerte del autor de la vida. Caifás, el impío pontífice, dijo: *Conviene que muera un solo hombre por el bien del pueblo y no perezca toda la nación*². Y desde aquel día, prosigue diciendo San Juan, no pensaban sino en el medio de hacerle morir.

Malvados judíos, no temáis, que no huirá este vuestro Redentor, pues de propósito ha venido al mundo a morir, y con su muerte libraros a vosotros y a todos los hombres de la muerte eterna.

Mientras que los pontífices deliberaban, se presenta Judas y les dice: ¿Qué queréis darme y yo lo pondré en vuestras manos?³. Grande debió ser la alegría que se hubo de apoderar de los judíos, de

1 Jn 11,47.

2 Ibid. 50.

3 Mt 26, 15.

estos malvados enemigos de Cristo, al ver que uno de sus mismos discípulos se disponía a hacerle traición y a entregarlo en sus manos. Esta su alegría sería trasunto de aquella otra que debe haber en el Infierno cuando un alma que ha estado al servicio de Cristo lo abandona y le hace traición por un vil interés, por un placer emponzoñado.

Pero mira, Judas, ya que estás dispuesto a vender a tu Dios, pide al menos el precio de su valor: es un bien infinito; su precio, por consiguiente, debe ser infinito. Pero tú ¿cierras la venta en treinta monedas de plata?⁴. Alma mía infortunada, olvídate por un momento de Judas y piensa en ti misma; dime, ¿a qué precio has vendido tantas veces al demonio la gracia de Dios?

¡Oh Jesús mío!, vergüenza me da comparecer en vuestra presencia cuando me acuerdo de las injurias que os he hecho. ¡Cuántas veces os he menospreciado por un antojo, por un momentáneo y vil placer! Bien sabía yo que pecando perdí vuestra amistad, y voluntariamente he renunciado a ella por una nada. ¡Ojalá hubiera muerto antes que haberos causado tan grande ultraje! Jesús mío, me arrepiento de ello con toda mi alma y quisiera morir de dolor.

Admiremos aquí la benignidad de Jesucristo. No ignora el diabólico complot que acaba de hacer Judas, y, sin embargo, no lo despide de su compañía ni le mira con indignación, sino que lo admite por amigo y lo sienta a su mesa; y si le habla de su infame traición, es para que entre en sí mismo; y cuando lo ve obstinado en la maldad, se humilla en su presencia y se rebaja hasta lavarle los pies para ablandar su corazón.

¡Oh Jesús mío!, veo que lo mismo hacéis conmigo; os he despreciado, os he hecho traición, y, sin embargo, no me habéis negado vuestra amistad; me miráis con ojos de ternura y me admitís a vuestro eucarístico banquete. ¿Por qué, amadísimo Salvador, no he correspondido siempre a vuestro cariño? ¿Cómo podré en adelante alejarme de Vos y renunciar a vuestro amor?

* *

Capítulo III

DE LA ULTIMA CENA DE JESUS CON SUS DISCÍPULOS

Sabiendo Jesús, dice San Juan, que había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que tenía en

*el mundo, los amó hasta el fin*¹. Sabiendo nuestro amantísimo Salvador que se acercaba el tiempo de su muerte, en el cual había de abandonar este nuestro destierro, y habiendo amado hasta entonces a los hombres con entrañable amor, quiso al fin de su vida dejarnos la mayor prenda de amor que podía. Sentado a la mesa, e inflamado de amor su corazón, se vuelve a sus discípulos y les dice: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua*². Dirigiéndose a sus apóstoles y a la vez a todos los hombres, les dijo: «Sabed, amados hijos, que durante todo el curso de mi vida he estado suspirando por celebrar con vosotros esta cena, porque al terminarla voy a sacrificarme por vuestra salvación».

¿Tan grande es, Jesús mío, el deseo que tenéis de dar la vida por vuestras miserables criaturas? Este vuestro deseo enciende en nuestros corazones un ansia vivísima de padecer y morir por vuestro amor, ya que tanto deseáis padecer y morir por el nuestro. Amado Redentor mío, dadnos a entender, lo que de nosotros pedís, que estamos dispuestos a complaceros, pues anhelamos tener ocasión para ello, por el deseo de corres-

1 Jn 13, 1.

2 Lc 22, 15.

ponder, en parte al menos, al grande afecto que nos habéis demostrado. Avivad de continuo en nuestros corazones esta dichosa llama, que nos purifique de todos los afectos desordenados, a fin de que sólo pensemos en corresponder al amor de vuestro enamorado corazón.

Sobre la mesa del festín estaba el cordero pascual, figura de nuestro Salvador; y así como en aquella cena se consumía el cordero, así también el mundo debía contemplar al día siguiente inmolado en el ara de la cruz a Jesucristo, Cordero de Dios. En aquella noche tuvo San Juan la dicha inefable *de recostarse sobre el pecho de Jesús*³. ¡Dichoso discípulo, que apoyando vuestra cabeza sobre el pecho del Maestro pudisteis conocer toda la ternura que atesoraba el corazón de nuestro amante Redentor en favor de las almas que le aman!

¡Dulcísimo Señor mío!, más de una vez me habéis favorecido con gracia tan señalada, y tuve también ocasión de conocer el cariño y el afecto que me teníais cuando me habéis iluminado con celestiales luces y consolado con dulzuras inefables; y, esto no obstante, no os he guardado fidelidad. No permitáis que a vuestras bondades responda en ade-

3 Jn 13,25.

lante con mi ingratitud; si me aceptáis y me socorréis con vuestra gracia, me entrego del todo a Vos.

*Levántase Jesús de la mesa y quítase sus vestidos, y habiendo tomado una toalla se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo y pónese a lavar los pies de los discípulos y a limpiarlos con la toalla que se habla ceñido*⁴.

Mira, alma mía, a Jesús que se levanta de la mesa, se quita los vestidos, toma un blanco lienzo, se lo ciñe, echa agua en un lebrillo, arrodíllase delante de sus discípulos y comienza a lavarles los pies. ¡Cómo, el Rey del universo, el Unigénito del Padre se abate hasta lavar los pies de sus criaturas! ¡Ángeles del cielo!, ¿qué decís? Grande favor les hubiera otorgado Jesús si les hubiera permitido lavarle sus divinos pies con las lágrimas de ellos, como se lo otorgó a la Magdalena. Mas para dar al fin de su vida tan grande ejemplo de humildad y muestra señaladísima del infinito amor que nos tenía, Él es el que se pone a los pies de sus esclavos para lavárselos.

Y nosotros, Señor, ¿proseguiremos siendo tan soberbios que no podamos sufrir una palabra de desprecio, una simple desconsideración, sin que

4 Jn 13,4-5.

alimentemos en nuestro corazón sentimientos de rencor y de venganza? Y, ¡sin embargo!, por nuestros pecados hemos merecido ser pisoteados por los demonios del infierno. ¡Oh Jesús mío!, ¡ojalá que vuestro ejemplo nos aliente a estimar los desprecios y las humillaciones! De hoy en adelante os prometo sufrir por vuestro amor las injurias y las afrentas que recibiere.

* *

Capítulo IV INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*Mientras estaban cenando tomó Jesús el pan, y lo bendijo y partió y dióselo a sus discípulos diciendo: Tomad y comed; ésto es mi cuerpo*¹. Después del lavatorio de los pies, acto de tan grande humildad, que Jesucristo recomendó a sus discípulos, volvió a tomar sus vestidos, y, sentándose de nuevo a la mesa, quiso dar a los hombres la última prueba de amor de su corazón: fue la institución del Santísimo Sacramento del altar. Tomó el pan, lo consagró y, partiéndolo entre sus discípulos, les

1 Mt 26, 26.

dijo: *Tomad y comed, ésto es mi cuerpo*. Luego les recomendó que cada vez que comieran aquel pan se acordasen de la muerte que iba a padecer por su amor, recomendación que interpreta San Pablo diciendo: *Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor*². Obró entonces Jesucristo como obraría un príncipe que está para morir y ama entrañablemente a su esposa; entre sus joyas escogería la de más subido precio, llamaría a la esposa y le diría: Voy a morir, amada mía, y para que no te olvides de mí te dejo por recuerdo esta alhaja; cuando la mires, acuérdate de mí y del amor que te he tenido.

«Ninguna lengua criada, dice San Pedro de Alcántara, puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su esposa, la Iglesia, y, por consiguiente, a cada una de las almas que están en gracia... Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su Esposa, la Iglesia, porque esta ausencia no fuese causa de olvido, dejóla por memorial este Santísimo Sacramento en que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y Ella hubiese otra prenda que despertase su

2 1 Co 11,26.

memoria sino sólo Él»³. Por aquí llegaremos a entender cuán grande es el deseo que tiene Jesucristo de que nos acordemos de su Pasión, ya que instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con el fin de que nunca jamás olvidásemos el amor inmenso e inefable que nos demostró con su muerte.

¡Oh Jesús mío amabilísimo, amante divino de las almas! ¿Cómo es posible que el amor que tenéis a los hombres os haya llevado hasta el extremo de darles vuestro cuerpo en alimento? Y después de este don, ¿qué más os queda que hacer para demostrarnos el sumo amor que nos tenéis y para obligarnos a amaros? ¿Qué otras invenciones o maravillas pudiérais obrar para conquistar nuestro amor? Así como en este augusto Sacramento Vos os dais todo entero a nosotros, justo es que nosotros nos entreguemos a Vos sin reserva. Busquen otros, en hora buena, honores y riquezas del mundo, que en cuanto a mí, no quiero ni deseo otro bien que el tesoro de vuestro amor ¡Jesús y Dios mío! Vos dijisteis que quien se alimenta de Vos, no debe vivir sino para vos: *Quien me come, también vivirá por mí*⁴. Pues ya que tantas veces me habéis admitido a ali-

3 Tr. de la orac., p. 1. c. 4. Meditación para el Lunes.

4 Jn 6, 58.

mentarme de vuestra carne adorable, haced que muera a mis gustos y pasiones a fin de que viva únicamente para agradaros y complaceros. Jesús mío, sólo en Vos quiero poner todos los afectos de mi corazón; ayudadme a seros fiel.

Señalando San Pablo el tiempo que escogió Jesucristo para instituir este augusto Sacramento, exclama: *Cuando los hombres trataban de quitarte la vida, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; ésto es mi cuerpo*⁵. En aquella misma noche en que los hombres tramaban su muerte, nuestro Redentor nos preparaba este pan de vida y de amor para unirnos a Él estrechamente, como lo declaró diciendo: *El que come mi carne, en mí permanece, y yo en él*⁶.

¡Oh amor de mi alma, digno de infinito amor!; no necesitáis darme más pruebas para demostrarme el amor y ternura que me tenéis. Unidme a Vos con estrechos lazos de amor, y si no sé daros mi corazón, tomad posesión de él. ¡Oh Jesús mío!, ¿cuándo seré todo vuestro, como Vos lo sois mío

5 1 Co 11, 23, 24.

6 Jn 6, 57

cada vez que os recibo en este sacramento de amor? Dadme luces y gracias para descubrir las bellezas que encierra vuestro corazón, a fin de que me enamore de Vos y ponga todo mi empeño en complaceros. Os amo, sumo bien mío, mi alegría, mi amor, mi todo.

* *

Capítulo V

JESÚS HACE ORACIÓN EN EL HUERTO Y SUDA SANGRE

*Y acabado el himno de acción de gracias, salieron hacia el morite de los Olivos¹. Al terminar el hacimiento de gracias, salió Jesús del Cenáculo rodeado de sus discípulos; entró en el huerto de Getsemaní, y se puso a orar asaltándole luego el temor y la angustia y la tristeza. Comenzó, dicen los Evangelistas, a atemorizarse y angustiarse, a entristecerse y contristarse². Oprimido por el peso de esta tristeza, exhaló nuestro amoroso redentor esta amarga queja: *Mi alma está triste hasta la muer-**

1 Mt 26, 30.

2 Mc 14,3

te³. Entonces acudió en tropel a su imaginación el terrible aparato de los tormentos y oprobios que sus enemigos le preparaban. Los suplicios que le atormentaron en su Pasión vinieron a afligirle sucesivamente uno después de otro; pero en Getsemaní se le presentaron en revuelta confusión las bofetadas, los esputos, los azotes, las espinas, los clavos y los ultrajes que luego había de padecer. Se abraza con todos, mas al unirse a ellos en estrecho abrazo, tiembla, agoniza y ora. *Y mientras padecía mortales agonías, oraba con mayor intensidad*⁴.

Pero, decidme, Jesús mío, ¿quién os obligó a sufrir tantos trabajos? El amor que tengo a los hombres, responde Jesucristo, me estrecha a ello. ¡Oh!, maravillado quedaría el Cielo al ver a la misma fortaleza bajo el peso de tanta flaqueza, al contemplar al que hace las delicias de los Santos en el Cielo cubierto con velo de gran tristeza. ¡Un Dios afligido!, ¿y por qué?; por salvar a los hombres, criaturas suyas. El huerto fue el primer teatro del sacrificio de nuestro Redentor; Jesús fue la víctima; el amor fue el sacerdote, y el ardentísimo afecto que tenía al hombre fue el sagrado fuego que consumó el holocausto.

3 Mt 26, 37. 3 Mc 14, 34.

4 Lc 22, 43.

*Padre mio, si es posible, no me hagas beber este cáliz*⁵. Con estas palabras pide Jesús a su Padre que le libre, a ser posible, de beber el cáliz de la amargura. Pero dirige al Padre este ruego, no tanto para librarse del suplicio que le agobia, cuanto para declararnos las penas que sufre y abraza por nuestro amor. Quiso también enseñarnos que en las tribulaciones podemos pedir a Dios que nos libre de ellas, pero que al mismo tiempo debemos conformarnos con su voluntad santísima, y decir lo que dijo nuestro divino Maestro: *Con todo, cúmplase vuestra voluntad y no la mía*⁶. Y mientras duró su oración, conforme dice el Evangelio repitió las mismas palabras.

¡Oh Señor mío, por vuestro amor abrázame con todas las cruces que os dignéis mandarme! Siendo Vos inocente habéis padecido por mi amor tantos trabajos, ¿y yo, siendo pecador y merecedor del infierno, rehusaré sufrir para agradaros y alcanzar la gracia del perdón? Que no se haga mi voluntad, hágase siempre la vuestra.

Durante su oración Jesucristo *se postró en tierra echado sobre su rostro*⁷, porque, cubierto como

5 Mt 26, 39.

6 Ibid.

7 Mc 14, 35.

estaba con el manto de nuestros pecados, se avergonzaba de levantar los ojos al Cielo.

Amadísimo Redentor mío, si vuestras penas y vuestros méritos no me inspiraran confianza, no tendría valor para pedir os perdón por tantas injurias como os he causado. Padre Eterno, apartad la vista de: mis iniquidades, para *mirar* al amabilísimo *rostro de vuestro Ungido*⁸, que en Getsemaní tiembla y agoniza y suda sangre⁹, a fin de recabar de Vos el perdón para mi alma. Miradle y tened compasión de mí.

Pero, Jesús mío, en el Huerto yo no veo verdugos que os azoten; no veo espinas ni clavos; ¿cómo, pues, os veo bañado en sangre? ¡Ah!, ya lo entiendo; no fue la previsión de los próximos suplicios lo que os causó tan gran tormento, porque espontáneamente os habíais ofrecido a soportarlos¹⁰; mis pecados fueron a manera de prensa cruel, que hizo brotar la sangre de vuestras sagradas venas. No hay que tachar de crueles a los verdugos; ni las espinas, ni la cruz, ni los azotes fueron tampoco crueles; la fiereza y crueldad hay que echarla a mis pecados, que en el Huerto afligieron a mi Salvador en tanto extremo. Y cuando Vos, Jesús mío, os ha-

8 Sal 83, 10.

9 Lc 22, 44.

10 Is 53, 7.

llabais en tanta aflicción, yo añadí el peso de mis culpas para aumentar vuestro dolor; si yo hubiera pecado menos, menos hubierais tenido que padecer entonces. Así he correspondido al amor que me habéis manifestado muriendo por mí: añadiendo trabajos a tantos como estabais padeciendo. Amadísimo Redentor mío, me arrepiento de haberos ofendido, y tengo dolor de ello, pero no siento suficiente dolor; quisiera experimentarlo tan grande, que bastase para quitarme la vida. Por la cruel agonía que padecisteis en Getsemaní, dadme una partecita del aborrecimiento que entonces tuvisteis de mis pecados, y haced que ahora pague con mi amor la ingratitud que entonces os manifesté. Sí, Jesús mío, os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo, por amor vuestro renuncio a todos los placeres y bienes de la tierra. Vos sólo sois y seréis siempre mi único bien, mi único amor.

* *

Capítulo VI

JESÚS PRESO Y MANIATADO

*Levantaos de aquí y vamos, que ya el traidor está cerca*¹. Sabiendo nuestro Redentor que Judas,

¹ Mc 14, 42.

acompañado de los judíos y gentes de armas, se acercaba a prenderle, bañado todavía en el sudor de la muerte con el rostro pálido, pero con el corazón Inflamado en amor, se levanta y sale al encuentro de sus enemigos para ponerse en sus manos. Al verlos cerca de sí, les pregunta: *¿A quién buscáis?*². Figúrate, alma mía, que el Señor te pregunta en este momento y te dice: Dime *¿a quién buscas?*

¡Oh Salvador mío!, ¿a quién he de buscar, sino a Vos, que habéis bajado del Cielo a la tierra para buscarme, a fin de que no me perdiera?

*Prendieron a Jesús y lo ataron*³. Pero ¿qué es lo que veo? ¡un Dios maniatado!; ¿qué diríamos si viéramos a un gran Rey preso y atado por sus servidores? Y ¿qué decimos ahora al contemplar a todo un Dios a merced del vil populacho? ¡Oh ataduras bienhadadas que habéis ligado a mi Redentor, estrechadme a mí también con Él pero de tal suerte que no pueda separarme de su amor; encadenad mi corazón a su santísima voluntad, para que de aquí en adelante mi voluntad se conforme con la suya!

Mira, alma mía, cómo mientras unos le cogen y le atan las manos, le injurian otros y le hieren, y

2 Jn 18,4.

3 Ibid. 12.

el inocente Cordero se deja maniatar y herir a gusto de los verdugos; no pretende huir, ni pide socorro, ni se lamenta de tantos baldones recibidos, ni pregunta por qué así le maltratan. En aquel momento se cumplió la profecía de Isaías que dijo: *Se apreció a la muerte porque Él mismo lo quiso, y no abrió su boca; será llevado a la muerte como oveja al matadero*⁴. No despliega los labios para hablar o deplorar su suerte, porque Él mismo se había ofrecido a la Justicia divina para morir y dar cumplida satisfacción por nuestras culpas, y por eso sin abrir la boca se deja conducir al suplicio, como oveja al matadero.

Mira, alma mía, cómo maniatado y rodeado de aquella chusma vil, es arrastrado fuera del Huerto y llevado con toda prisa a la ciudad para ser presentado a los pontífices de la Sinagoga. Y sus discípulos, entre tanto, ¿dónde están?, ¿qué es lo que hacen? Si no pueden arrancarlo de las manos de sus verdugos, que le acompañen siquiera para defender su inocencia delante de los jueces, o, al menos, para consolarlo con su presencia. Nada de esto hacen; el Evangelio, hablando de ellos, dice: *Entonces sus discípulos, abandonándole, huyeron to-*

4 Is 53, 7.

*dos*⁵. ¡Qué cruel sería entonces la angustia que experimentó Jesucristo al verse desamparado de sus más íntimos y allegados! ¡Ah!, que también en aquel momento pasó por delante de su vista esa turba innumerable de almas por Él tan favorecidas y regadas, y que esto no obstante, le abandonan y menosprecian.

Amadísimo Señor mío, una de esas almas ingratas he sido yo, que después de haber recibido tantas luces y gracias e inspiraciones, me olvidé de Vos y os abandoné. No me desechéis ahora, que, arrepentido de todo corazón, a Vos me convierto para no abandonaros más, pues sois mi tesoro, mi vida, mi amor y mi alma.

* *

Capítulo VII

JESÚS PRESENTADO A LOS PONTÍFICES Y CONDENADO A MUERTE

*Y los que prendieron a Jesús lo condujeron a casa de Caifás, Sumo Pontífice, donde los escribas y los ancianos estaban congregados*¹. Atado

5 Mc 14, 50.

1 Mt 26, 57.

como un criminal entra Jesucristo en Jerusalén, donde pocos días antes había sido recibido en son de triunfo, aclamado y vitoreado por el pueblo. Atraviesa de noche las calles de la ciudad, alumbradas con antorchas y linternas, y lo conducen con tanto estrépito y algazara, que bien se echa de ver que quieren los verdugos hacerle pasar por insigne malhechor. Por eso asomábanse las gentes a las ventanas, preguntando por la calidad del preso, y por toda respuesta oían que el prisionero era Jesús de Nazaret, reconocido al fin por seductor, impostor, falso profeta y digno, por consiguiente, de la muerte. En todo el pueblo se despertó entonces un sentimiento de indignación y desprecio cuando vieron preso por orden de los jueces a Jesucristo, que pocos días antes habían recibido como Mesías y ahora se descubría ser un impostor. La veneración que le profesaban se trocó en odio, arrepintiéndose de haberle recibido con tanta honra y avergonzándose de haber reconocido a un malhechor por Mesías de Israel.

Jesucristo fue presentado como trofeo de sus venganzas a Caifás, quien, ansioso de tenerle en su presencia, se alegró al verle solo y abandonado de todos los suyos. Mira, alma mía, a tu mansísimo Salvador cargado de cadenas, como un criminal,

y que, inclinando la cabeza delante de aquel orgulloso Pontífice, permanece silencioso y humilde; mira su hermoso rostro, que no ha perdido, en medio de tantos desprecios e injurias, su natural dulzura y serenidad.

¡Oh Jesús mío!, al veros rodeado, no de ángeles que pregonen vuestras alabanzas, sino de este vil populacho que os desprecia y os aborrece, ¿qué haré?, ¿unirme a vuestros enemigos, como lo hice hasta aquí? No, no; lo que me resta de vida, quiero emplearlo en amaros y honraros como Vos lo merecéis, y os prometo consagraros a Vos todo mi corazón. Vos seréis mi único amor, mi bien y mi todo.

El impío Pontífice le preguntó por sus discípulos y su doctrina, para hallar motivo de condenarle; mas Jesucristo, con mansedumbre y humildad, le respondió: *Yo he hablado públicamente y a la faz del mundo..., muchos de los que están aquí presentes saben lo que yo he dicho.* Con esto apela al testimonio de sus mismos enemigos. Después de esta respuesta tan justa y moderada *uno de los ministros asistentes*, más insolente que los demás, tachándole de temerario, *dio una bofetada a Jesús diciendo: ¿Así respondes al Pontífice?*². ¿Desde cuándo una

2 Jn 8, 20, 22.

respuesta tan humilde y comedida mereció tan grande afrenta? El indigno Pontífice, en lugar de reprender al insolente ministro, calla, y callando, bien se echa de ver que aprueba su mal proceder; Jesús, menos para lavar la injuria que para librarse de la nota de poco respetuoso con el Pontífice, responde: *Si he hablado mal, da testimonio de ello; y si bien, ¿por qué me hieres?*³.

Amabilísimo Redentor mío, bien veo que pasáis por todo a trueque de expiar los ultrajes que con mis pecados hice a la Majestad divina. Perdonadme, pues, por los méritos de los ultrajes que por mí habéis padecido.

*Buscando algún falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte, no lo hallaban*⁴. Por lo cual el Pontífice de nuevo hace preguntas al Salvador, esperando hallar en las respuestas algún pretexto para condenarle, y con este fin le dice: *Yo te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios*. Interpelado Jesús, en nombre de Dios su Padre, confiesa la verdad y responde: *Yo soy, y aun os declaro que veréis después a este Hijo del hombre*, no abatido y humilla-

3 Ibid. 22.

4 Mt 26, 59.

do como aquí ahora me veis, sino *sentado a la diestra de la majestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo*, para juzgar a toda la humanidad. Al oír estas palabras, *el Sumo Pontífice*, en vez de inclinar su frente hasta el polvo para adorar a su Dios y a su Juez, *rasgando sus vestiduras, exclama: Blasfemado ha, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia, ¿qué os parece?* Y todos los sacerdotes allí presentes respondieron diciendo: *Reo es de muerte*⁵.

¡Ah Jesús mío!, la misma sentencia pronunció vuestro Eterno Padre cuando os ofrecisteis a pagar la deuda de nuestros pecados. Ya que tú, Hijo mío, quieres satisfacer a mi justicia por los pecados del hombre, serás condenado a muerte, y por eso es menester que mueras.

*Luego comenzaron a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas, y otros le daban de bofetadas, diciendo: Adivina, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?*⁶. Considerando la soldadesca a Cristo como a malhechor y condenado a muerte y digno de todo género de afrentas, se pusieron a maltratarle, y mientras unos le escupían en el rostro, otros le

5 Mt 26, 65, 6, 6; Mc 14, 62.

6 Mt 26, 67-68.

abofeteaban y le daban de puñadas, y vendándole los ojos, como asegura San Marcos, mofábanse de Él llamándole falso Profeta y diciéndole: Ya que eres profeta, adivina, pues, quién te ha herido. Asegura San Jerónimo que fueron tantos los ultrajes y ludibrios que Jesús padeció aquella noche, que sólo en el día del juicio final se conocerán en todos sus pormenores.

¡Oh Jesús mío!, en aquella horrible noche, lejos de tomar descanso, fuisteis el juguete de aquella impía y malvada soldadesca ¿Cómo podrán todavía ser los hombres soberbios al ver a un Dios tan humillado? ¿Cómo podrán rehusar entregar su corazón al Redentor, que tanto ha padecido por nosotros? ¿Será posible creer y meditar los dolores y las ignominias que padeció Jesucristo por nuestro amor y vivir después sin sentir abrasado el corazón en el amor de un Dios tan bueno y tan amante?

Lo que aumentó de modo especial el dolor de Jesús fue el pecado de Pedro, que reniega de Él y jura que jamás lo ha conocido.

Anda, alma mía, anda a hacer compañía en su prisión a tu angustiado, escarnecido y abandonado Jesús, y dale gracias y consuélale con tu arrepentimiento, ya que también hubo tiempo en que te uniste con sus enemigos para renegar de Él y menospre-

ciarle. Dile que quisieras morir de dolor al recordar que en lo pasado has colmado de amarguras a su adorable corazón, que tanto te ha amado. Dile que ahora le amas, y que tu mayor deseo es padecer y morir por su amor.

¡Oh Jesús mío!, olvidad los disgustos que os he dado, y favorecedme, como a San Pedro, con una de vuestras amorosas miradas. Pedro renegó de Vos es verdad; pero después sólo acabó de llorar cuando acabó su vida. ¡Oh Hijo Eterno de Dios!, ¡oh amor infinito!, que padecéis aún por los mismos hombres que os odian y os maltratan; confieso que, siendo Vos la gloria del Paraíso, habríais concedido al hombre una señalada merced admitiéndole a besar vuestros sagrados pies. Pero, ¡oh Dios mío!, ¿quién os ha reducido al extremo de convertirlos en juguete de la más vil canalla del mundo? Decidme, Jesús mío, ¿qué podría yo hacer para devolveros el honor que éstos os roban con sus ultrajes? Ya oigo que me respondéis: Tolera los ultrajes por amor mío, como yo los he soportado por el tuyo. Quiero obedeceros, Redentor mío; sí, Jesús mío, despreciado por mí; mi deseo es ser despreciado tanto como quisiereis.

Capítulo VIII

JESÚS EN PRESENCIA DE PILATOS Y DE HERODES. ES POSPUESTO A BARRABÁS

*Venida la mañana, los príncipes de los sacerdotes tuvieron consejo contra Jesús, y, declarándole reo de muerte, le condujeron atado y le entregaron al presidente Poncio Pilato¹ para que le condenara a muerte. El gobernador, tras muchas preguntas hechas, tanto a los judíos como a nuestro Salvador, llegó a convencerse de la inocencia de Jesús y de la falsedad de las acusaciones que le dirigían; por lo cual salió por segunda vez a la presencia de los judíos y les dijo: *Yo no hallo delito alguno en este hombre*². Mas viendo que los judíos proseguían pidiendo la muerte de Jesús, y entendiendo que el Salvador era galileo, para salir del paso, lo envió a Herodes, quien se holgó mucho de ver a Jesús en su presencia, esperando que haría uno de tantos prodigios como la fama pregonaaba del insigne Taumaturgo. Con este fin le hizo muchas preguntas; mas Jesús calló y no le contestó, reprendiendo con su silencio la vana curiosidad de*

1 Mt 27, 1-2.

2 Jn 18,38.

aquel rey malvado. ¡Desventurada el alma a la cual el Señor le niega el habla de sus inspiraciones!

¡Oh Jesús mío!, éste era el castigo que tenía yo merecido después de haberme hecho sordo a vuestras amorosas voces y ya que rehusé escucharos, merecía ser abandonado de Vos; pero no, amadísimo Redentor mío, tened compasión de mí y *habladme, que vuestro siervo os escucha*³. Decid qué queréis de mí, pues en todo quiero obedeceros y agradaros.

Viendo Herodes que Jesús no le respondía, *lo despreció con todos los de su séquito y, para burlarse de él, lo vistió de una ropa blanca y lo volvió a enviar a Pilato*⁴. Ved, pues, a Jesús vestido con aquella ropa de burla y paseado por las calles de Jerusalén.

¡Oh despreciado Salvador mío!, sólo os faltaba pasar por la ignominia de ser tratado como loco y falto de razón. Mirad, cristianos, cómo trata el mundo a la sabiduría eterna. ¡Dichoso el que se complace en los menosprecios del mundo y el que puede decir con San Pablo: *No me hepreciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste cnucificado*!⁵.

3 1 R 3 10.

4 Lc 23, 11.

5 1 Co 2, 2.

Conservaba el pueblo judío el derecho de pedir al gobernador romano la libertad de un preso en las fiestas de Pascua. Pilato, pues, propuso al pueblo que escogiera entre Jesús y Barrabás. *¿A quién de los dos queréis que os suelte, a Jesús o a Barrabás?* Esperaba Pilato, a buen seguro, que el pueblo pediría la libertad de Jesús, porque Barrabás era un malvado, un homicida y ladrón público y, por tanto, de todos aborrecido. Mas, instigado el pueblo por los jefes de la sinagoga, sin vacilar un momento, a gritos, contestó: *No a Jesús, sino a Barrabás.* Sorprendido Pilato e indignado al mismo tiempo al ver un inocente pospuesto a un criminal por todos detestado, pregunta: *Pues ¿qué he de hacer de Jesús? Dicen todos. Sea crucificado.—Y el presidente: Pero ¿qué mal ha hecho?— Mas ellos comenzaron a gritar más diciendo: Sea crucificado*⁶.

De la misma manera he obrado yo, Señor mío, cada vez que he pecado; entonces se me daba a escoger entre Vos y el vil placer, y yo he dicho: Quiero el placer y no me importa perder a Dios. Así hablaba entonces, Dios mío; mas ahora os digo que prefiero vuestra gracia a todos los placeres y a todas las riquezas del mundo. ¡Oh Jesús mío!

¡oh bien infinito!, os amo sobre todos los demás bienes; sólo a Vos quiero amar, y nada más. Así como Jesús y Barrabás fueron propuestos a la elección del pueblo, así también el Padre Eterno tuvo que elegir entre la vida del Hijo y la muerte del pecador. Y el Eterno Padre contestó: Muera mi Hijo para que se salve el pecador. Así lo atestigua San Pablo cuando dice: *Ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó a la muerte por nosotros*⁷. Sí, dice el mismo Redentor, *Dios amó tanto al mundo, que no paró hasta darle a su Unigénito Hijo*⁸ y entregarle a los tormentos y a la muerte. Por eso exclama la Iglesia: «¡Oh admirable dignación de vuestra misericordia, Dios mío!; ¡oh inapreciable fineza de amor!, puesto que para libertar al esclavo habéis condenado al Hijo»⁹. ¡Oh fe santa!, el alma que cree estas verdades, ¿cómo podrá vivir sin inflamarse y consumirse en el amor de un Dios que tanto ama a los hombres? ¡Ojalá que jamás se cayera de nuestra consideración este prodigio infinito del amor divino!

7 Rm 8, 32.

8 Jn3, 16.

9 Praecon. Pasch., Sab. Scto.

Capítulo IX

DE LA FLAGELACIÓN DE JESUCRISTO

*Tomó entonces Pilato a Jesús y mandó azotarle*¹. Viendo Pilato que sin resultado alguno favorable había apelado a los medios de enviar Jesús a Herodes y de posponerlo a Barrabás, para librar a su inocente víctima de la ira de los judíos, que querían sacrificarla a su venganza, inventó otro nuevo recurso: imponerle un castigo y darle después por libre. Con este fin llama a los judíos y les dice: *Me habéis presentado este hombre como el alborotador del pueblo, y habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningún delito he hallado en él de los que le acusáis; ni tampoco Herodes...; sin embargo, para complaceros, después de castigado, lo dejaré libre*². ¿Puede darse, Dios mío, mayor injusticia? ¡Declararlo inocente y mandarlo después azotar! Verdad es, Jesús mío, que Vos sois inocente, pero no lo soy yo: y ya que os determináis a satisfacer por mí a la Justicia divina, justo es que sufráis el castigo.

Pero dime, Pilato, ¿qué castigos vas a imponer a este inocente?, ¿lo condenarás a ser azotado?

1 Jn 9,1.

2 Lc 23, 14 y 15.

Pero... ¿condenar a un inocente a castigo tan cruel y afrentoso? Sin embargo, *Pilato*, dice San Juan, *tomó a Jesús y mandó azotarle*.

Mira, alma mía, cómo los verdugos, después de tan injusta sentencia, toman al mansísimo Cordero sin ninguna consideración y miramiento y, en medio de una gritería y algazara salvaje, lo arrastran al pretorio y lo atan a la columna. Y Jesús, ¿qué hace? Humilde y resignado acepta, para expiar nuestros pecados, aquel suplicio tan doloroso y deshonoroso. Mira cómo los verdugos se arman de látigos y, a una señal convenida, alzan los brazos y comienzan a descargar terribles golpes sobre aquel sacrosanto cuerpo.

Verdugos crueles, deteneos, porque andáis equivocados; no es éste el culpable; soy yo quien merece tan fieros azotes.

Aquel cuerpo virginal, primero se tornó lívido y después comenzó a manar sangre por todas partes. Y los implacables verdugos, después de haber desgarrado sin piedad todas las carnes, prosiguen descargando golpes sobre golpes, cumpliéndose lo que dijo el Profeta: *Y aumentaron más y más el dolor de mis llagas*³.

3 Sal 68, 27.